

CAPITULO XX

MÍSTER DOMBEY SE VA DE VIAJE

Míster Dombey, estimable señor; — decía el comandante Bagstock. — J. B. no es lo que pudiera llamarse hombre sentimental; José es más bien tosco. Pero Pepe tiene su sensibilidad, señor, y cuando se despierta... ¡Voto á Cribas! — añadió con fiereza — ¡esto se llama debilidad, y yo no me rindo!

El comandante Bagstock se entregaba á estas manifestaciones al tiempo de recibir la visita de míster Dombey, el cual venía en busca del comandante, invitado por él, á su domicilio de la plaza de la Princesa. Iban á almorzar juntos y á emprender en seguida el proyectado viaje. El desventurado criado negro había sufrido ya toda clase de calamidades, á propósito de los panecillos en su relación con los huevos fritos.

— No le está bien á un soldado como Bagstock — dijo el comandante cayendo de nuevo en la nota sentimental — dejarse dormir por sus emociones; pero, ¡lléveme el diablo! — clamó Bogstock tornando á su ferocidad. — ¡Me conduelo con usted, señor Dombey!

El purpúreo rostro del comandante se oscureció todavía más, y sus ojos de langosta todavía se le sa-

lieron más de la cara, cuando dió la mano á míster Dombey. Este pacífico ademán, efectuado de aquella manera, más parecía preludio de una pelea con míster Dombey, en que se disputaran á *boxe* el campeonato de Inglaterra con una apuesta de mil libras esterlinas. Por último, dando á su cabeza un movimiento de rotación y resoplando como un caballo asmático, guió á míster Dombey hasta la sala donde, ya moderada su exaltación, manifestó á su compañero de viaje cuánto deseaba que fuese bienvenido.

— Me alegro mucho de ver á usted, señor Dombey — dijo el comandante. — Me lisonjea mucho verle. Pocas personas hay en Europa á quienes podría decir Pepe otro tanto. José es demasiado rudo, caballero; él es así, ¡qué le vamos á hacer! Pero, la verdad, tiene mucho gusto en ver á usted.

— Gracias, comandante, se lo agradezco; — contestó Mr. Dombey.

— ¡No, señor! — añadió el comandante. — No es este mi carácter. ¡Qué diablo! Si José hubiese tenido otro genio, hoy se llamaría el general Bagstock, K. C. B. (1), y le recibiría á usted en muy otros parajes. No conoce usted todavía á Pepe; pero ya tendrá usted ocasión de ir sabiendo quién es. Por supuesto, que esta circunstancia especial me llena de orgullo. ¡Vive Dios, caballero Dombey! — exclamó resueltamente Bagstock. — Le digo á usted que me honra mucho.

Mr. Dombey, en la estimación de sí mismo y de su dinero, entendía que lo dicho por Bagstock era muy natural; de modo que no lo puso en duda. Lo que sí le parecía muy bien era: por una parte, la inteligencia

(1) *Kinght Commandor of the Bath*. título que, comúnmente, se abrevia con estas iniciales (*N. del T.*).

del comandante, que le hacía comprender aquella verdad, y por otra, la franqueza con que se expresaba. Y si alguna confirmación de su parecer necesitaba mister Dombey, la tenía en este hecho de que un jefe militar, un hombre de sociedad, como lo era el comandante Bagstock, le tributase los mismos homenajes que los rendidos por un bedel en la casa de contratación *Royal Exchange*.

Y, en realidad, ningún consuelo podía llegar más á propósito en aquellos momentos, cuando la impotencia de su voluntad, la inestabilidad de sus esperanzas, la inutilidad de su riqueza, se habían demostrado de manera tan cruel. Á menudo le había preguntado su hijo : « ¿ para qué sirve el dinero ? » Y esta pregunta podía él mismo hacérsela en las actuales circunstancias. Porque á él, ¿ de qué le había servido ?

Pero estos pensamientos no le atormentaban sino en la soledad, cuando á las altas horas de la noche se encontraba en su habitación retirada. Fuera de esto, su orgullo le sugería mil reflexiones tranquilizadoras, como lo eran los argumentos del comandante. Llevado de esta benevolencia, se inclinaba Mr. Dombey en favor de su nuevo amigo. No podía decir que era una fervorosa inclinación, pero sí un pequeño deshielo. Algo había hecho el comandante — aunque no mucho — para obtener este resultado en los días pasados junto al mar. Era hombre de sociedad y sabía hacerse grato. Charlaba mucho, contaba anécdotas; Mr. Dombey le consideraba como á hombre de ingenio, sin ese veneno de la pobreza que adultera generalmente los ingenios. Su posición social era evidente. En tales condiciones bien podía ser un honroso compañero de viaje. Acostumbrado á la vida desocupada, conocía muy bien los lugares que iban á visitar, y

tenía maneras distinguidas que armonizaban perfectamente con el modo de ser de Mr. Dombey, aunque sin suscitar competencias imposibles entre ambos. Tal vez tenía Mr. Dombey una ligera idea de que el comandante le pudiera comunicar un poco de su filosofía, suavizando aquel áspero sentimiento que le afligía y que el comandante calificaba de vergonzosa debilidad; pero su orgullo no le permitía profundizar en este género de consideraciones.

— ¿ Dónde está mi bergante ? — exclamó de pronto Bagstock mirando en derredor de la sala.

El negro, que no tenía nombre propio, pero que respondía á todos los epítetos injuriosos, apareció al instante en la puerta, aunque sin aventurarse á entrar del todo.

— ¡ Eh, sin vergüenza ! — dijo el iracundo comandante. — Y ese almuerzo, ¿ dónde anda ?

El negro desapareció inmediatamente en busca de los platos, y subió con precipitación tan grande, que el servicio danzaba en la bandeja con estrépito.

Puesta la mesa y servidos los platos, el comandante invitó á Mr. Dombey, diciéndole :

— ¡ Ea, Dombey ! Aquí tiene usted jamón frito, riñones, pasta de hígado... Sentémonos. Pepe no puede ofrecer á usted más que un almuerzo de soldado.

— Excelente, excelente ; — dijo Mr. Dombey ; y no por simple cortesía, sino porque el comandante sabía cuidarse : hasta se cuidaba demasiado, dada su compleción sanguínea.

— ¿ Mira usted á la casa de enfrente ? — preguntó el comandante á su amigo. — ¿ Es que está su amiga en la ventana ?

— ¿Se refiere usted á miss Tox? — repuso mister Dombey. — No.

— Mujer encantadora; — añadió el comandante riéndose hasta parecer que se ahogaba.

— Miss Tox me parece, en efecto, una buena persona; — dijo Dombey.

La frialdad de esta respuesta agradó mucho, aparentemente, á Bagstock. Dejó el cuchillo y el tenedor un momento y se frotó las manos.

— El viejo Pepe, amigo mío; — dijo el comandante, — ha sido el favorito, por ese lado, durante algún tiempo. Pero José pasó, y hoy está extinguido, vencido, derribado. Diré á usted, Dombey; — añadió Bagstock con aire misterioso y al mismo tiempo con indignación, — esa mujer es diabólica... de puro ambiciosa.

— ¿De veras? — repuso Mr. Dombey con indiferencia. Acaso era que no podía conceder á miss Tox una importancia tan considerable.

— Esta mujer, señor mío, — dijo Bagstock, — es un Lucifer. J. B. ha tomado el retiro, pero aun tiene buen ojo; sí, sí; Pepe ve claro, ¿eh? Su Alteza Real el duque de York lo dijo ya en una ocasión: las veo venir...

El comandante acompañó estas palabras con una mirada de tal modo significativa, que mister Dombey le miró con alguna inquietud. Bagstock comía, bebía, tragaba te hirviendo y estaba como congestionado.

— Ese viejo armatoste, caballero; — prosiguió el comandante, — tiene sus pretensiones: tiene aspiraciones muy altas. Matrimoniales, señor Dombey.

— Lo siento por ella; — dijo mister Dombey.

— No diga usted eso, Dombey; — añadió Bagstock.

— ¿Por qué no, comandante?

El comandante, por toda contestación, tosió fuerte y se puso á devorar de nuevo. Al cabo de un momento, añadió:

— Esa señora se ha tomado mucho interés por la casa de usted, le ha visitado con frecuencia, en estos últimos tiempos, sobre todo...

— Es cierto — contestó mister Dombey orgullosamente. — Miss Tox fué recibida en casa, primero, como amiga de mi hermana, con ocasión de la muerte de mi señora; luego, como se trataba de una persona distinguida, que manifestaba cariño á mi pobre hijo, se la permitió que frecuentase la casa; y aun diré más: se la instó á que así lo hiciese, de modo que ha llegado á cierta familiaridad. Por mi parte — añadió mister Dombey con el tono de quien hace una valiosa concesión, — miss Tox merece mis respetos. Ha tenido la amabilidad de prestar mil servicios menudos en mi casa, servicios insignificantes, si se quiere, pero que no por esto debo dejar de tenerlos en cuenta. Pienso haber tenido la fortuna de saber corresponder á ellos con cuantas atenciones han estado en mi mano. Por supuesto — añadió mister Dombey con una ligera inclinación de cabeza, — no dejo de tener presente que es miss Tox quien me ha proporcionado el gusto de conocer á usted.

— ¡Dombey! — exclamó con gran ardor el comandante. — ¡Eso no! José Bagstock no permitirá que pase esa aserción sin rectificarla. El conocimiento que ha hecho usted del viejo Bagstock, señor Dombey, tiene un origen mucho más elevado; ¡se debe á una noble criatura, señor Dombey! — Y el comandante decía esto como sosteniendo una lucha que no era, realmente, extraordinaria, pues su vida entera consistía en luchar con los síntomas apopléticos. —

Nos hemos conocido mutuamente por medio de su hijo.

Tal como el comandante lo había esperado, sin duda, mister Dombey se emocionó por la alusión: bajó la vista y suspiró. Entonces, como si también sintiese que le atacaba la emoción, exclamó el comandante que aquello era una debilidad y que él no se rendía.

— Nuestra amiga ha tenido alguna conexión, aunque remota, con este hecho — añadió Bagstock — y no será J. B. quien le merme este merecimiento. Pero esto no ha de impedir, señora — y diciendo estas palabras levantó la vista del plato para fijarla en el otro lado de la plaza, en la casa de enfrente, donde en aquel instante se veía á miss Tox regando los tiestos — esto no impide que sea usted una buena alhaja y que su ambición constituya un colmo de osadía. Si todavía se limitara usted á ser ridícula, señora — continuó el comandante dirigiendo furibundas miradas á la pobre miss Tox, ignorante de lo que se le venía encima, — si todavía se limitase usted á ser ridícula, J. B. no tendría que hacer objeción alguna. Pero sucede que compromete usted á mucha gente, á personas generosas y confiadas, á cuya condescendencia corresponde usted de tal suerte, que hace usted hervir la sangre en las venas de Pepe...

— Comandante — dijo mister Dombey sonrojándose, — supongo que no aludirá á cosa tan absurda como sería suponer que miss Tox...

— Dombey, — contestó el comandante, — yo no hago alusión de ninguna clase. Lo que hay es que Pepe B. vive en este mundo: vive en este mundo y tiene ojos para ver y oídos para oír, y así José le dice á usted, señor Dombey, que al otro lado de la plaza

hay una mujer ambiciosa y astuta y diabólica, señor mío!

Mister Dombey dirigió involuntariamente la vista á la casa de enfrente: una mirada colérica, ¡oh, si! bastante colérica.

— Es todo lo que saldrá de los labios de José Bagstock á este propósito; — dijo resuelto el comandante. — José no es un chismoso; pero en determinadas circunstancias tiene que hablar, es forzoso que hable y hablará. Sí; para confundir sus malas artes, señora; — gritó de nuevo el comandante apostrofando á su vecina, — cuando no sea posible, como ahora, pasarlas por más tiempo en silencio.

La agitación produjo á Bagstock un ataque de tos de tal manera intenso, que estuvo largo rato sin poder dominarse. Por último, continuó diciendo:

— Ahora, Dombey, puesto que ha invitado usted á Pepe, — al viejo Pepe, que no tiene mérito alguno sino el ser inflexible y sincero — para que le acompañe y sea su guía en Leamington, mande usted como guste, elija el camino que le plazca: José está enteramente á sus órdenes. No sé — añadió rascándose la barbilla con aire jovial, — no sé qué tiene este Pepe para que tantos soliciten su compañía; pero si no se obstinase en sus negativas, no podría vivir á fuerza de invitaciones y convites.

En pocas palabras expresó mister Dombey su agradecimiento por la preferencia con que le distinguía, no ignorando de qué manera otras muchas personas, de las más respetables, deseaban la compañía del comandante Bagstock. Pero éste manifestó que no hacía sino dejarse guiar por su inclinación y por una voz íntima que le decía: « Dombey es el hombre que debes escoger para amigo ».

Ya estaba Bagstock bien repleto; la sabrosa pasta le rezumaba por los ojos, y gracias al jamón y á los riñones engullidos se le había hinchado el cuello y le sofocaba la corbata. Se acercaba la hora de salida del tren para ir á Birmingham; el negro puso á su amo un inmenso gabán, abrochándose de alto abajo con dificultad casi invencible. Con tal empaque vino á estar el comandante hecho un barril. El indígena de África le fué dando con intervalos respetuosos los guantes, el bastón, el sombrero. Púsose éste el comandante con cierto aire marcial, caído sobre la oreja, á riesgo de sombrear indebidamente su notable fisonomía. Á todo esto ya estaba cargado el coche de mister Dombey con las maletas, sacos, sombrereras, paquetes, de tal modo, que no había rincón posible ni imposible que careciera de su correspondiente bulto. El coche estaba reventando de lleno, lo mismo que el comandante. Por último, el criado se llenó los bolsillos de botellas de agua de Seltz, de frascos de *sherry*, de sandwiches, pañuelos, anteojos de larga vista, periódicos, tarjetas, en fin, todas aquellas cosas que su amo podía pedirle en el camino. Así arreglado todo, no hubo más que ponerse en marcha. Es decir, aun faltaba algo, puesto que al arrancar el coche fué necesario que el pobre negro se hiciera cargo de un montón de levitones y de abrigos; otro criado se los fué echando desde la acera con esfuerzo, á manera de grandes proyectiles, y así, enterrado vivo, como vestal culpable, quedó el negro en disposición de partir con el carruaje, donde, más libre de movimientos, también estaba Towlinson.

No se había concluido la escena. Mientras se verificaba el entierro del negro, apareció miss Tox en una ventana de su casa y saludó á los viajeros con

un pañuelo de blancura impecable. Mister Dombey contestó á este saludo de despedida de manera muy fría; — muy fría aun tratándose de él. — Honró á miss Tox con una ligerísima inclinación de cabeza, y se recostó en el carruaje con señales del mayor desagrado. Bien lo advirtió Bagstock, al parecer con mucho gusto; esto no obstó para que, por su parte, correspondiera al saludo de miss Tox con repetidas cortesías, quedándose luego en actitud de un Mefistófeles bien comido.

En espera de la salida del tren, mister Dombey y el comandante se paseaban por el andén, taciturno el primero y procurando distraerle el segundo con historietas cuyo protagonista, por supuesto, siempre era José Bagstock. Ni uno ni otro habían reparado en un hombre que estaba al lado de la locomotora y que se llevaba la mano al sombrero cada vez que pasaban cerca de él. No era extraño que no se enterase mister Dombey, pues su atención no descendía á tales pequeñeces; en cuanto al comandante, atendía exclusivamente á sus historias. Por último, en una de sus vueltas, y cuando giraban para repetir su paseo, el hombre en cuestión se acercó decididamente á ellos, y quitándose el sombrero y quedándose con él en la mano, hizo una gran reverencia á mister Dombey, diciéndole:

— Dispense usted, señor: ¿cómo sigue usted, señor?

Aquel hombre estaba vestido de una manera tosca, manchado de carbón y de aceite, con hollín en las barbas y un olor, en todo él, á humo y á ceniza caliente. Y sin embargo, no se podía decir, en rigor, que estaba sucio. Era Toodle, de servicio como maquinista.

— Soy yo; — añadió — quien va á tener el honor de llevar á usted : dispense usted. ¿Está usted ya mejor?

Mister Dombey miró desdeñosamente á Toodle, y más aún, como si le diese asco ver á un ser de su especie.

— Dispense usted; — repitió Toodle pareciéndole que mister Dombey no le conocía, — yo soy el marido de Polly, el ama...

Ya; ahora ya le conocía mister Dombey, pero precisamente por esto manifestó su rostro la ira, el sentimiento de una humillación intolerable.

— Su mujer necesita dinero, supongo; — dijo mister Dombey con su acostumbrada altanería y llevando la mano al bolsillo.

— Muchas gracias, caballero; — contestó el maquinista; — no creo que mi mujer lo necesite : no lo necesita.

Mister Dombey se quedó con la mano metida en el bolsillo y sin saber cómo poner término á aquel incidente.

— No, señor; — prosiguió el operario, — los asuntos van bien : no podemos quejarnos. Hemos tenido otros cuatro hijos; pero vamos marchando.

Mister Dombey hubiera querido ir marchando él también, ir marchando hacia el coche y aunque debieran pasar las ruedas por encima del maquinista; pero en aquel momento observó que el sombrero de Toodle, que éste seguía teniendo en la mano, estaba con gasa de luto.

— Vamos marchando; — continuó Toodle, — aunque se nos murió un hijo...

— ¿Hace poco? — dijo mister Dombey con la atención en el sombrero.

— No, señor : hace más de tres años. En todo lo demás ha ido bien. Y en materia de lectura, señor — añadió Toodle haciendo otra reverencia á mister Dombey como para recordarle que su reprensión de otros tiempos no había caído en saco roto, — en materia de lectura, señor, he aprendido de los chicos : son ellos los que me han enseñado.

— Sigamos, comandante; — dijo mister Dombey queriendo dejar solo al impertinente.

— Dispense usted — volvió á decir Toodle poniéndose nuevamente delante de Dombey, siempre respetuoso y con el sombrero en la mano. — No le hubiera molestado si no fuera para decirle que mi hijo Biler — bautizado con el nombre de Robin, — al que hizo usted *Charitable Grinder*...

— Bueno, ¿y qué? — dijo de mala manera mister Dombey; — acabemos...

— Pues que... — Toodle daba vueltas al sombrero sin atreverse á hablar. Por último, haciendo un esfuerzo, añadió : — Puesto que algún día podría usted llegar á saberlo... ese chico, señor, está hecho un perdido...

— ¿Un perdido? — dijo Dombey con cierta satisfacción maligna.

— Las malas compañías; — volvió á decir el maquinista mirando al comandante como para interesarle en aquella apelación á la lástima. — Se metió en mal camino. ¡Quiera Dios que vuelva á sus deberes! pero por ahora lleva muy malas trazas. No creo que haga cosa buena. — Y dirigiéndose en especial á mister Dombey, añadió : — Más vale que se lo haya dicho yo á usted que no el que lo hubiera usted sabido por otro : ese chico ha resultado un granuja. Bien lo ha sentido mi mujer — tornó á decir Toodle

como apelando á la sensibilidad del comandante.

— Es un hijo de este hombre; — dijo Dombey cogiéndose al brazo de Bagstock y apartándose del maquinista sin más palabras: — Me interesé por su educación y vea usted qué pago!

— Siga usted el consejo de Pepe; — repuso el comandante, — no se meta usted nunca á educar gente de esta. Mala cosa, créame usted, ¡mala cosa!

No tuvo tiempo Toodle para explicar lo sucedido con su hijo. Hubiera querido decir que Biler, reñido, maltratado, azotado, aprendiendo como aprenden los loros, gracias á un bruto que desempeñaba el papel de maestro de escuela y con tantas aptitudes para su profesión como las que pudiera tener un mastín, Biler, en tales condiciones, acaso podía ser irresponsable, víctima de carencia de educación ó de una educación defectuosa. Pero ¡quién era capaz de explicar estas cosas ni á Dombey ni á Bagstock! « ¡Valiente pago! » esto era todo lo que reflexionaba mister Dombey, mientras el comandante hacía los mayores esfuerzos para subir al coche adonde le había precedido su amigo; mientras le izaban daba voces jurando que despellejaría al negro, que le atormentaría con suplicios de su invención, inéditos, en castigo de que no le ayudaba bien, de que por su causa no alcanzaba al estribo, que se daba golpes cayendo con todo el peso de su cuerpo sobre el mismo criado...

— Créame usted — dijo el comandante á mister Dombey cuando se halló sentado, — no hay cosa peor que dar educación á esta gente. ¡Que me ahorquen si se me ocurre alguna vez enseñar algo á mi criado!

Mister Dombey asintió amargamente; pero no se crea que esta amargura con que se recostó en el asiento y que le hizo mirar con ceño cuanto desde la

ventanilla se veía, no se crea que esta amargura procedía de pena por el quebranto que la noble educación de los Grinder había sufrido en su recomendado. No; la causa era otra: era que había visto en el sombrero de Toodle una gasa, enteramente nueva, y que aquella gasa era de luto por Pablo, ¡por su hijo!

¡Cómo! Todos tenían derechos sobre su hijo, desde Florencia, en su propio domicilio, hasta ese patán que cuidaba del fogón de la máquina cuyo humo contemplaba: todos se creían con derechos sobre aquel niño, que ya no existía. ¡Cómo podía olvidar que una mujer extraña había osado llorar á la cabecera de Pablo, le había llamado « hijo mío », y cómo no acordarse de que Pablo se había incorporado, saliendo del sopor en que estaba, radiante de alegría al verla?

¡Y pensar que el presuntuoso maquinista iba allí, por delante de él, con el mismo luto que él! ¡Pensar que se asociaba á su dolor, que se atrevía á unirse al sentimiento suyo, oculto en lo más hondo de su pecho! Es decir que aquel niño llamado á compartir con él las riquezas, el poderío, los proyectos, aquel niño que hubiera debido separarle del mundo como una puerta de oro, en vez de aislarle y defenderle, venía á ser motivo de comunidad de sentimientos, motivo de agravios para él, colocado tan alto, tan por encima de los demás! ¡Era introducirse en la fortaleza donde él quería ser el dueño, único dueño!

No encontraba distracción en el viaje. Le mortificaban sus ideas: llevaba consigo la tristeza, no veía en aquellos sitios pintorescos, en aquellos encantadores parajes que desfilaban ante sus ojos, más que la ruina de sus proyectos derrumbados por la fatalidad. Hasta la misma velocidad del tren le parecía un escarnio, una cruel alusión á la rápida vida de su hijo,

arrastrado al término de su existencia por una fuerza inexorable. Aquella fuerza que á él mismo le llevaba por la vía de hierro — la suya — cortando los caminos, pasando por encima de los obstáculos, arrasando en pos de sí toda suerte de criaturas, de toda edad, de todas condiciones, era símbolo del monstruo triunfador, ¡era la imagen de la muerte!

¡Brama, ruge, cruza por entre pueblos, se oculta en las entrañas de la tierra, surge nuevamente á la luz lanzando espesas bocanadas de humo; el campo, los bosques y los valles ven de lejos acercarse aquel monstruo que arrastra en pos de sí la muerte!

¡Cruza por encima de matorrales, de huertos, de parques y jardines, dejando reguero de cenizas que simbolizan todavía mejor al monstruo de la muerte!

Cuando se asomó mister Dombey á la ventanilla del coche fué para ver que habían llegado al término del viaje. Hubiera sido el fin de su viaje, por la vida, sin que la desolación de su espíritu apareciera mayor y más profunda. Todo le parecía oscuro y muerto, lo mismo que él lo estaba. Todo le recordaba su desdicha. En su derredor no distinguía más que objetos que le causaban pena.

Es decir, sí: si había visto, en el trayecto, sumido en sus meditaciones una imagen riente aunque condolida también: una figura que le tendía los brazos con amor, sumisa y temblorosa: era Florencia. ¿Acasó le atraía esta imagen? No: no era esto. Aquel rostro lleno de ternura y de inocencia no le dulcificaba, no le conmovía: no hacía más que aumentar la intensidad de las tinieblas que envolvían su espíritu.

El comandante no había hecho en todo el viaje más que soplar, casi tanto como la máquina del tren:

apenas había levantado la vista, ocupada en la lectura de un periódico, para mirar de reojo por la ventanilla: como si hubiese visto una procesión de innumerables Tox, todas iguales, desconsoladas, huyendo entre las nubes de humo, á través de los campos, sin encontrar en donde guarecerse.

Á la bajada del tren les esperaba una silla de postas. El comandante tocó en el brazo á mister Dombey con el bastón, diciéndole:

—Dombey, no esté usted caviloso: es mala costumbre. El viejo Pepe no disfrutaría de la salud que tiene si se hubiese dejado llevar de cavilaciones. Usted es persona hartó elevada para meterse en cavilaciones: su situación, Dombey, le pone muy por encima de estas cosas.

Lo cierto es que Bagstock empezaba por hacer valer siempre la dignidad y el honor de Dombey: de tal manera daba de seguro en el blanco y su amigo le escuchaba, aunque lo que dijera pareciese una reprimenda, y no sólo escuchaba sino que formaba el propósito de seguir los consejos inspirados en un sentido tan perfecto. En tales condiciones se esforzó mister Dombey por prestar atención á las historietas del comandante, el cual, como el rodar del coche de postas por carretera, hacía menos ruido que el tren por sus carriles, pudo hablar con mayor facilidad dedicándose al entretenimiento de Dombey.

Todo el día tuvo el comandante la palabra: sólo le interrumpieron alguna vez que otra sus síntomas ple-tóricos, sin contar los ratos para comer algo ó para alguna violencia contra el negro. Éste que, á lo que se decía, era nada menos que un príncipe en desgracia, usaba zarcillos y vestía de una manera extraña, aunque europea: las ropas que llevaba puestas eran

largas donde por modo natural hubieran tenido que ser cortas: eran cortas donde deberían ser largas: estrechas donde tenían que ser anchas: anchas donde era lógico que se estrechasen. Cuando, ante una amenaza del comandante, se encogía el buen negro, parecían con nueva gracia aquellas prendas dando á su propietario el aspecto de una nuez de cáscara arrugada ó de un mono con frío. Todo el día tuvo el comandante de qué hablar; y tanto había charlado, reído y voceado que, cuando, á la caída de la tarde llegaba á Leamington, la voz del incansable comandante parecía salir de la caja del coche ó de cualquiera de los montones de haces á las orillas del camino. En el *Royal-Hotel* donde les tenían preparadas dos habitaciones y, sobre todo, una buena comida, prosiguió la conversación del comandante: en suma, fatigó éste de tal manera sus órganos vocales, que al irse á acostar ya no tenía voz alguna, como no fuera para toser y no podía hacerse entender de su negro sino en fuerza de abrir la boca, con angustia.

Mas no por esto dejó de levantarse al siguiente día como un gigante bien repuesto, portándose en el desayuno de la manera que á un gigante de su naturaleza correspondía. En tanto que se desayunaban él y mister Dombey arreglaron su plan de vida en Leamington, conviniendo en que el comandante tomaría á su cargo la disposición de la comida y la bebida; que almorzarían juntos y comerían juntos, á hora algo tardía.

El primer día en esta nueva residencia lo pasó mister Dombey solo en su habitación y solo también en un paseo por el campo; pero á la mañana siguiente estuvo con el comandante en el *Pump-Room* y salió

con él á dar una vuelta por el pueblo. Separáronse luego hasta la hora de comer y mister Dombey se retiró á su habitación para meditar á sus anchas. Pero el comandante se fué á pasear y dejarse ver en los sitios más públicos, seguido de su criado que iba provisto de una banqueta de tijera, una sombrilla y una caja: leyó las listas de viajeros por si encontraba algún conocido; se fijó en las señoras viejas que al pasar le miraban é hizo saber, cuantas veces pudo, que él, J. B., estaba más fuerte que nunca sin olvidarse, por supuesto, de hacer sonar lo más posible el nombre de su acaudalado amigo mister Dombey. Nadie con más habilidad que el comandante para encontrar motivos de conversación en la mesa y para hacer que sus talentos de sociedad brillasen. Al día siguiente, á la hora del almuerzo, ya estaba Bagstock al corriente de las noticias de la prensa, al tanto de la cuestión política dominante; expuso á mister Dombey las consultas con que acerca de estas materias políticas le habían honrado personas altamente situadas á quienes no podía designar de manera más clara. Mister Dombey, encerrado por tanto tiempo en el círculo de sus operaciones de negocios, sin salir apenas de una existencia sin matices, empezó á tener aquella novedad como una distracción en medio de su vida solitaria. Así, en vez de disculparse como lo había hecho este día y como tenía intención de haberlo hecho de nuevo, cambió de parecer y á la mañana siguiente él mismo fué en busca de su amigo y salió de paseo con él, cogido de su brazo.

CAPÍTULO XXI

CARAS NUEVAS

El comandante, cada vez más amoratado y con los ojos más abiertos, resoplando cada vez más como un caballo asmático, y como si con esto se diese superior importancia, iba cogido al brazo de mister Dombey, caminando con majestuosidad y balanceando la cabeza como si él mismo se fuera reprendiendo por su aspecto excesivamente cautivador. Á poco de entrar en el paseo encontró el comandante una persona conocida á quien saludó con la mano : poco después encontróse con otra; pero no se apartó un momento de su amigo ni se detuvo en su paseo, explicando á mister Dombey cuanto sabía acerca de los lugares por donde transitaban y distrayéndole con el relato de cuantos sucesos aquellos mismos sitios le recordaban.

De esta manera iban paseando el comandante y mister Dombey, evidentemente satisfechos, cuando vieron venir hacia ellos, por el frente, un sillón de ruedas, y en él, sentada indolentemente, una señora. Dirigía ésta el sillón-coche por medio de una especie de timón ó palanca y movíalo una fuerza invisible. Esta señora no era joven, pero tenía sonrosado el rostro y su aspecto era de juventud. Andando junto

al ambulante sillón y llevando en la mano, con aire de cansancio y de abandono, una sombrilla abigarrada, iba una señora joven, realmente hermosa, altiva y arrogante, la cabeza erguida, los ojos bajos, como si nada hubiese ni en el cielo ni en la tierra que mereciese ocupar su mirada.

— ¡Qué diablo se nos viene encima! — exclamó el comandante deteniéndose ante la comitiva de la silla que iba acercándose.

— ¡Mira, mira, Edith — exclamó la señora de la silla dirigiéndose á su acompañante, — el comandante Bagstock!

Apenas oyó esta voz el comandante, cuando, dejando el brazo de mister Dombey, se adelantó hacia las dos señoras, y acercándose á la que se hallaba en la silla, tomó galantemente su mano y la llevó á sus labios. Luego, con no menor galantería, cruzó sus enguantadas manos sobre el pecho y se inclinó profundamente ante la señora joven y altanera. En aquel instante se reveló el motor de la silla : era sencillamente un lacayo, un jovencillo que empujaba por el respaldo, y que, en fuerza de empujar, parecía alargado, como si hubiese crecido en el empuje : pálido, seco y de semblante contristado, parecía todavía más calamitoso por lo abollado del sombrero, si bien hay que tener en cuenta que esta abolladura resultaba de empujar el vehículo con la cabeza, cosa que dicen es frecuente en los elefantes de la India.

— José Bagstock — dijo el comandante á las dos damas — se considerará hombre feliz por todo el resto de sus días.

— ¡Falsa criatura! — repuso la señora sentada hablando de una manera sosa y lánguida. — ¿De dónde sale usted? ¡Es usted insoportable!

— Sin embargo, señora — contestó al momento Bagstock, — tiene usted que soportar el que le presente á un amigo, mister Dombey... mistress Skewton — la señora del vehículo saludó graciosamente con la cabeza; — mister Dombey, mistress Granger — la señora de la sombrilla no hizo apenas caso de que mister Dombey se quitaba el sombrero y saludaba con una reverencia.

— Mucho me complace esta feliz casualidad — dijo el comandante. — Y era, sin duda, muy sincero á juzgar por la mirada circular que dirigió á sus tres interlocutores, haciendo una de sus muecas más notables.

— Dombey — dijo Bagstock á su amigo, — mistress Skewton causa verdaderos estragos en el corazón del viejo Pepe.

Mister Dombey manifestó que no le sorprendía.

— ¡Es usted un pérfido! — exclamó la señora dirigiéndose á Bagstock. — No añada usted ni una palabra. Límitese usted á contestarme. ¿Cuánto tiempo hace que está usted en Leamington?

— Un día; — contestó el comandante.

— ¿Y ha podido usted estar un día, un solo minuto — añadió la señora acomodándose con el abanico sus rizos postizos y sus cejas no menos postizas, y dejando ver una dentadura tan postiza como los rizos y las cejas, que hacía resaltar lo postizo de su tez sonrosada, — ha podido usted estar un minuto, aquí, en este jardín del... ¿cómo se dice esto? del...

— Del Edén, supongo, mamá; — interrumpió desdenosamente la señora joven.

— Querida Edith — dijo su madre, — no tengo memoria para acordarme de nombres tan raros. — Y luego mistress Skewton dirigiéndose al comandante

y estrujando un pañuelo bien mojado en esencias, añadió: — ¿Cómo puede usted hallarse en este sitio encantador sin sentir transportada su alma y bañado su ser por los perfumes de esta naturaleza admirable?

La discrepancia que existía entre el fresco entusiasmo con que aquella señora hablaba y lo aviejado de sus maneras, era menos visible aún que la contradicción existente entre su edad de sesenta años y su vestido propio de una muchacha de veinte. La actitud que guardaba en su silla (jamás cambiaba de actitud) era la misma en que un artista la había pintado cincuenta años antes, reclinada en una carretela. El artista había escrito debajo Cleopatra, y, efectivamente, los críticos de arte de aquel tiempo creyeron descubrir un parecido exacto con la famosa reina de Egipto, reclinada en el borde de un barco. En aquellos tiempos mistress Skewton había sido una mujer muy guapa y no pocos gomosos de la época vaciaron copas por docenas en honor suyo. Ya no existía la belleza — y la carretela también se había ido, — pero subsistía la postura, y justamente para conservarla en su mayor integridad se mantenía en la silla: no había otra razón alguna, pues ni estaba enferma ni tenía el menor impedimento en las piernas.

— Me atrevo á esperar que el señor Dombey es un amigo de la naturaleza — dijo mistress Skewton acomodándose su broche de diamantes. Conviene saber que mistress Skewton alardeaba tener buenas joyas y buenas relaciones de familia.

— Señora — contestó el comandante, — mi amigo Dombey será, tal vez, un admirador de la naturaleza, pero en secreto; pues siendo soberano, como lo es, en la mayor ciudad del universo...

— Nadie ignora la inmensa influencia del señor Dombey; — interrumpió mistress Skewton.

Mister Dombey hizo una reverencia para dar gracias por el cumplimiento en el instante en que la señora joven le miraba. Cruzáronse las miradas de ambos, y Dombey dijo:

— ¿Residen ustedes aquí, señora?

— No, no; vivimos en una porción de sitios: en Harrowgate, Scarborough, Devonshire: lo recorreremos todo, pero no residimos en ninguna parte: á mamá le gusta mucho el cambio.

— Y, naturalmente, á mi hija no le gusta; — dijo mistress Skewton con una gracia fúnebre.

— ¡Oh! yo no he encontrado gran diferencia entre esos sitios; — repuso Edith con el mayor desdén.

— Crea usted, caballero, que se me calumnia — dijo mistress Skewton suspirando con afectación; — el único cambio que deseo, ese, por desgracia, no he de poder alcanzarlo nunca. Á todos nos sucede lo mismo. Sin esto, la vida retirada y contemplativa sería para mí un... ¿cómo se dice esto?... un...

— Un Paraíso, supongo que quiere usted decir, mamá, y lo mejor que podría usted hacer es decirlo, si quiere que una vez se la entienda.

— Por Dios, Edith; — repuso mistress Skewton, — ¿cómo quieres que me acuerde yo de esos nombres? Aseguro á usted, señor Dombey, que la naturaleza ha querido hacer de mí una arcadiense; pero resulta que en lugar de vivir en la Arcadia tengo que vivir en sociedad. Esta es la explicación. Las vacas, eso es lo que me apasiona. Mi sueño es retirarme á vivir en un *chalet* suizo, enteramente rodeada de vacas... y de porcelana.

Esta curiosa asociación de objetos, que recordaba

aquello del toro entrando por equivocación en una cacharrería, no alteró la imperturbable gravedad de mister Dombey. Manifestó éste su parecer de que la naturaleza, sin duda alguna, era una respetable institución.

— Lo que me falta; — dijo mistress Skewton acariciándose el arrugado cuello — es un corazón, — y decía verdad, aunque no en el sentido que ella daba á esta falta. — Lo que me hace falta es franqueza, expansión, menos convencionalismos y libertad para el espíritu. Vivimos en el más deplorable artificio.

Y también era una verdad innegable.

— En una palabra — añadió mistress Skewton, — me falta la naturaleza en todas partes. No desearía más que sus encantos.

— La naturaleza nos invita á seguir el paseo, mamá; — dijo la joven con un ligero mohín.

Al escuchar estas palabras, el criado-motor que asomaba detrás de la silla desapareció como si se le hubiese tragado la tierra.

— ¡Alto, alto un momento, Withers! — exclamó mistress Skewton cuando iba á ponerse en marcha la silla; — hablando al criado con igual dignidad que en otro tiempo á su coquero, — y dirigiéndose al comandante le dijo:

— ¿Dónde para usted, abominable?

El comandante contestó que en el Royal Hotel, lo mismo que su amigo Dombey.

— Puede usted venir á casa cuando lo tenga á bien — dijo mistress Skewton. — Y si mister Dombey nos dispensa ese mismo honor, nos complacerá mucho. Withers, ¡en marcha!

El comandante volvió á tocar con los labios respetuosamente la mano de mistress Skewton, quien,

siempre en su postura modelo Cleopatra, saludó graciosamente sonriendo. La señora joven se limitó á una inclinación de cabeza, tan poco marcada cuanto lo permitía la estricta cortesía.

La arrugada cara de la madre, llena de colorete y empaste, brillaba al sol produciendo un efecto infinitamente más desastroso que si la tez hubiera estado pálida. En cambio la hija, con su belleza y su altivez, revestía un nobilísimo aspecto. De tal manera resultaba el contraste, que ambos amigos, mister Dombey y el comandante, se volvieron juntamente á mirarlas. El criado, encorvado, detrás de la silla empujaba con fuerza aplicando la cabeza al respaldo, como el ariete que á testarazos derribaba murallas. El empinado sombrero de Cleopatra no variaba de posición ni en una pulgada de diferencia, y la elegante joven, precediendo la silla á corta distancia, andaba con una despreocupación absoluta de lo que la seguía y de cuanto la rodeaba.

— Oiga usted, amigo mío — dijo el comandante cuando los dos reanudaron su marcha, — si José Bagstock tuviese algunos años menos, no habría en el mundo mujer más indicada que ésta para llamarse mistress Bagstock.

— ¿Se refiere usted á la hija? — dijo mister Dombey.

— ¡Eh, eh! ¿se figura usted que Pepe Bagstock es un zoquete capaz de pensar en la madre?

— Pues tantos cumplidos ha tenido usted con ella...

— Historia antigua, amigo, — repuso el comandante riéndose, — muy antigua. Pura cortesanía hoy.

— Me ha parecido de una perfecta distinción — observó mister Dombey.

— ¡Ya lo creo! — repuso el comandante deteniéndose. — La honorable mistress Skewton es hermana del difunto lord Feenix, tía del actual lord de este nombre. No es familia rica, más bien puede decirse que esta señora es pobre, pues sólo tiene una pequeña viudedad. Pero, en cuanto á linaje...

El comandante no dijo más: hizo un molinete con su bastón y echó á andar de nuevo, como si lo de meterse en aquello del linaje le pareciese empresa superior á sus fuerzas.

— He observado — añadió mister Dombey al cabo de un momento — que cuando ha hablado usted á la hija, la ha dado el nombre de mistress Granger.

— Edith Skewton — dijo el comandante deteniéndose nuevamente y clavando el bastón en la arena, como si dijera: « esta es Edith » — casada á los diez y ocho años con Granger, de los nuestros, — y sacando el bastón lo clavó en otro sitio, como si dijera: « este es Granger » — coronel de los nuestros, un real mozo, de cuarenta y un años. Se murió á los dos años de casado.

Y, sin duda, queriendo representar á lo vivo el fallecimiento de Granger, tiró una estocada al aire con su bastón, echándose luego al hombro.

— ¿Qué edad tiene? — preguntó mister Dombey parándose á su vez.

— Edith Granger, querido — contestó el comandante torciendo la cabeza y pasando el bastón á la mano izquierda y alisándose con la derecha la pechera de la camisa, — Edith Granger aún no tiene treinta años. Dígole á usted — continuó el comandante echando á andar de nuevo — que esta mujer es una perla.

— ¿Ha tenido familia? — preguntó mister Dombey.

— Sí, señor; — contestó el comandante, — ha tenido un hijo.

Mister Dombey entornó los ojos, con expresión de pena.

— Tuvo un hijo — prosiguió el comandante — que se ahogó á la edad de cuatro ó cinco años.

— ¡Cómo! — exclamó mister Dombey alzando la cabeza.

— Lo que usted oye — dijo el comandante. — Un día le metió su niñera en un bote. y, yo no sé cómo, el bote se fué á pique y se ahogó el chico. Esto pasó. Edith Granger sigue siendo Edith Granger; pero si este viejo Pepe fuese un poquito más joven y un poquito más rico, ya vería usted cómo ese nombre se trocaba pronto en el de Bagstock.

Con esto se estiró el comandante el cuello de la camisa, infló sus carrillos y se echó á reír como un Mefistófeles repleto.

— Suponiendo que la señora no se opusiera, supongo; — dijo friamente mister Dombey.

— ¡Vamos, amigo mío! — dijo el comandante. — Los Bagstock no están acostumbrados á esa clase de obstáculos. Sin embargo, debo decir que Edith ha podido volver á casarse veinte veces; no ha querido porque es sumamente altiva, muy altiva.

Mister Dombey reveló por su cara que aquella condición no le parecía un defecto.

— Bien mirado, es una buena condición la altivez — añadió el comandante. — Sí, señor, es una elevada cualidad, Dombey; usted mismo es altivo, y yo, su amigo Pepe, respeto en usted este carácter.

Tributado este homenaje á Dombey de una manera tan natural, y como traída por la conversación y las circunstancias, cambió de tono el comandante y se

puso á charlar de mujeres, de las espléndidas bellezas, que no habian logrado resistirle en tiempos ya pasados.

Dos días después, mister Dombey y el comandante tuvieron el honor de encontrar á mistress Skewton y á su hija en el Pump-room. Otro día, más tarde, volvieron á encontrarlas en el mismo sitio del paseo donde por la primera vez se hallaron. Á las cuatro ó cinco veces de estos encuentros se creyó el comandante en la necesidad de hacer una visita á estas señoras, para no parecer desatento.

El primer propósito de mister Dombey habia sido no hacer visitas de ninguna clase en Leamington; pero cuando el comandante le anunció su intención de ir á casa de mistress Skewton, mister Dombey le manifestó que él también iría con gusto. Entonces Bagstock mandó á su criado negro que pasara por casa de aquellas dos señoras y les participara, con expresiones de cortesía, que después de comer, mister Dombey y él irían á visitarlas, si es que podían recibirlos. Como contestación al mensaje volvió el negro con una nota escrita en la que mistress Skewton participaba al comandante Bagstock: « Es usted un oso indigno, y de buena gana no le perdonaría; pero si realmente es usted tan amable, venga. Cumplimientos (así como de Edith) á mister Dombey. »

La honorable mistress Skewton y su hija mistress Granger tenían en Leamington alquilada una casita bastante cara, pequeña en demasía, y aún más incómoda que pequeña; así la honorable mistress Skewton, cuando estaba acostada, daba con los pies en la ventana y con la cabeza en la chimenea; la criada de la honorable mistress Skewton acampaba en un rincón de la sala donde para dormir tenía

cogerse como una serpiente de cascabel; Withers, el criado, se alojaba en el desván, á tejavana, en una vaquería inmediata. Y el sillón rodante, verdadera roca de aquel lisifo joven, pasaba las noches recogida en un cobertizo, perteneciente á la vaquería en cuestión, donde habitaba una bandada de gallinas acostumbradas á posarse en los restos de un carromato abandonado que les parecía, sin duda, un árbol raro.

Mister Dombey y el comandante Bagstock encontraron á mistress Skewton recostada, como siempre, á lo Cleopatra, en un sofá, vestida con ligeras ropas, y en verdad no semejante en nada á la Cleopatra de Shakespeare, nunca marchitada por los años. Mientras subían por la escalera de la casa oyeron los acordes de un arpa; pero cesó la música tan pronto como los visitantes se anunciaron. Edith estaba junto al arpa, pero de pie, más hermosa y más altiva que nunca. Rasgo característico y notable de la belleza de esta mujer era, que se manifestaba sin que ella hiciera nada por exhibirla, y hasta como si fuera á pesar suyo. Bien sabía ella que era hermosa, ¿cómo no había de saberlo? pero su propio orgullo parecía un reto á su belleza.

Que despreciase los atractivos causantes de la admiración sin concederles valor alguno, ó que por este medio quisiera hacerlos aún más valiosos para sus admiradores, era cosa que no se habían preguntado nunca aquellos á quienes podía interesar el problema.

— Espero, mistress Granger, — dijo Dombey dando un paso hacia ella, — que no habremos sido causa de que interrumpa usted su distracción...

— ¿Usted? ¡Oh, no! — contestó Edith.

— ¿Por qué no sigues, Edith? — dijo mistress Skewton.

— He concluido por lo mismo que empecé, por capricho.

La indiferencia con que pronunció estas palabras no parecía motivada por disgusto ni por falta de sensibilidad, sino por el más perfecto desdén, que todavía marcó tocando unos arpegios antes de separarse del arpa.

— ¿Sabe usted, señor Dombey; — dijo mistress Skewton con voz mimosa y jugueteando con un abanico, — que algunas veces mi querida Edith y yo estamos casi en desacuerdo?...

— Casi; pero no del todo, mamá; — dijo Edith.

— Nunca del todo, eso no; me quitaría la vida; — repuso la madre queriendo dar al mismo tiempo con el abanico en la mejilla de su hija, pero ésta no dió lugar á que la tocara.

— ¿Por qué el frío convencionalismo de maneras — siguió diciendo mistress Skewton — á que nos sometemos en las cosas más insignificantes? Huimos de lo natural, ¡Dios mío! cuando suspira nuestro corazón, cuando nuestra alma se expansiona en ternuras, cuando es encanto de nuestro ser, ¿por qué huir de lo natural?

Mister Dombey manifestó que todo esto era muy cierto, sí, muy cierto.

— Si quisiéramos podríamos ser muy naturales, me parece, — dijo mistress Skewton.

Mister Dombey reconoció que sí.

— ¡Diablos, diablos! Señora — replicó el comandante, — yo no creo eso. Para que tal pasara sería necesario que el mundo entero estuviera poblado de hombres como P. B., de tenaces y rudos Pepes, señora, de arenques ahumados, de corzos montaraces. Sin esto, no hay que pensar en semejante cosa.

— ¡Cállese usted, incrédulo! — dijo mistress Skewton.

— Cleopatra manda — repuso el comandante — y Antonio... Bagstok obedece.

— Este hombre no tiene sensibilidad alguna, — dijo mistress Skewton tapándose la cara con el abanico, como si no quisiera ver al comandante, — este hombre no sabe lo que es la simpatía. ¿Qué sería nuestra vida sin simpatía? Careceríamos de lo más encantador. Á no ser por el calor de este sol quedaría helada nuestra tierra.

Diciendo esto, mistress Skewton arregló sus mangas de tul, complaciéndose en ver el efecto que producían sus brazos desnudos hasta el codo. Y luego, mirando al comandante por encima del abanico, dijo :

— Hombre de alma endurecida, usted no entiende estas delicadezas; yo quisiera que el mundo entero fuese corazón. La fidelidad es una cosa excesivamente delicada para que venga usted á perturbarla.

Replicó el comandante que, á su juicio, era excesiva la pretensión de Cleopatra, al querer que el mundo entero fuese corazón, puesto que se apropiaba todos los corazones de la tierra; á lo que contestó Cleopatra que no podía sufrir la adulación, y que si continuaba por aquel camino, positivamente iba á tener que mandarle á su casa.

Á este tiempo el criado Withers pasó la bandeja con el te. Mister Dombey, dirigiendo de nuevo la palabra á Edith :

— No parece que hay mucha sociedad por aquí; — dijo con su seriedad imperturbable.

— Creo que no. Nosotros no vemos á nadie; — contestó Edith.

— En realidad — dijo mistress Skewton — no conozco personas con quienes pudiéramos relacionarnos aquí.

— No tienen bastante corazón — dijo Edith sonriéndose, un crepúsculo de sonrisa velada por singular tristeza.

— Mi querida Edith se burla, ya lo está usted viendo — dijo mistress Skewton moviendo la cabeza, movimiento que algunas veces era involuntario como si un temblor enfermizo viniera á competir con el de lucir los brillantes.

— Ustedes han venido á Leamington antes de ahora, según creo — dijo mister Dombey á Edith.

— ¡Oh, sí, varias veces! Me parece que lo hemos visto todo.

— Es un lindo país.

— Supongo que sí, todos lo dicen.

— Tu primo Feenix está encantado de estos parajes; — interpuso la madre desde su yacimiento.

La hija volvió la cabeza hacia su madre frunciendo un poco el entrecejo como si quisiera significar que la opinión de su primo Feenix era la que menos le importaba en el mundo. Y luego tornó la vista á mister Dombey.

— Por el buen crédito de mi gusto debo decir que estoy cansada de todas las cercanías de Leamington.

— Y tiene usted razón para estar cansada de ellas, señora, si todas estas hermosas producciones son de mano de usted; — dijo Dombey mirando una porción de paisajes que decoraban las paredes de la sala.

Edith no contestó, envolviéndose en su altivez indiferente.

— Tienen esa particularidad interesante, ¿son de usted, en efecto? — insistió mister Dombey.

- Sí, señor.
- Y toca usted el arpa, como he visto.
- Sí, señor.
- Y canta...
- Sí, señor.

Edith contestaba á estas preguntas con evidente repugnancia; era la notable oposición consigo misma, el rasgo característico de su genio. No es que se sintiera intimidada, no; era enteramente dueña de sí. Tampoco era rehuir la conversación, pues miraba á su interlocutor dirigiéndole la palabra en cuanto su frialdad de expresión se lo permitía.

— Al menos tiene usted poderosos recursos contra el aburrimiento; — dijo mister Dombey.

— Valgan lo que valieren, ya los conoce usted: no tengo otros.

— ¿Me será lícito someterlos á prueba? — dijo mister Dombey con solemne galantería señalando el arpa.

— Ciertamente, si usted quiere.

Diciendo esto, Edith se levantó, echó á andar, pasando por delante de su madre, á quien dirigió una mirada rápida en que había expresiones incomprensibles como las ocultas en su breve sonrisa, y salió de la sala.

Á todo esto, viendo el comandante que nadie hacía caso de él, había cogido un velador, llevándolo al alcance de Cleopatra, y se disponía á jugar con ésta una partida de *picquet*. Mister Dombey no conocía este juego y se sentó junto al velador para enterarse mientras volvía Edith.

— Me parece que vamos á tener música; — dijo Cleopatra.

— Así ha tenido la amabilidad de prometérmelo mistress Granger; — dijo Dombey.

— Muy bien. Salga usted, comandante.

— No, señora. Es usted quien sale.

— ¡Oh, qué hombre este!... ¡Voy á perder el juego! ¿Le gusta á usted la música, mister Dombey?

— Mucho, señora.

— Á mí también: es deliciosa — añadió Cleopatra, mirando al mismo tiempo las cartas. — Hay mucho sentimiento en ella: nos recuerda los primeros años de existencia, su encanto es indecible. Sale usted — dijo Cleopatra poniendo en pie la sota de bastos, que le había venido á la mano cabeza abajo. — ¿Sabe usted lo que podría moverme á reducir el periodo de mi vida? Pues nada más que la curiosidad de saber lo que hay en todo esto, cuál es el misterio que se oculta en esto, como en tantas otras cosas de la naturaleza... Comandante, usted juega.

Jugó el comandante y mister Dombey, que estaba mirando para enterarse, empezó á no comprender nada, á desinteresarse del juego porque ya le llamaba mucho la atención que Edith no hubiese vuelto.

Al fin volvió, se sentó junto al arpa, y Dombey al lado suyo para oír bien. Poco inteligente era Dombey en música; no conocía el trozo que tocaba la arpista, y, sin embargo, aquellas cuerdas acaso hicieron vibrar en él ecos lejanos que tenían poder para domar al monstruo y amansarle.

Cleopatra seguía jugando á las cartas, pero no se escapaba nada á su mirada penetrante. Jugaba, pero no miraba á las cartas. Su vista de ave se diseminaba por la sala, iba de un punto á otro, clavándose en el arpa, en la arpista, en el oyente y en todo.

Cuando la altiva joven concluyó de tocar, se le-

vantó, recibió las gracias que mister Dombey le dió, y con la misma frialdad que antes, se acercó al piano y se puso á tocar.

¡Oh, no, no; por Dios, mistress Granger! Otro, otro canto, no ése. Es usted muy hermosa, tiene usted una voz admirable; pero, por Dios, ¡no cante usted esa canción, la misma que la hija abandonada cantaba al hijo muerto!

Mas ¡ay! el padre no conocía esta canción. ¡Cómo podría conocerla, si era canción de su hija! ¡Qué canción de su hija podría enternecerle! Duerme, Florencia, duerme. Paz á tus ensueños, aunque la noche sea lóbrega, aunque las nubes se amontonen y aunque la tempestad ruja á lo lejos.

CAPITULO XXII

MÍSTER CARKER EN EL EJERCICIO DE SU CARGO

Mister Carker, el jefe, está sentado en su escritorio, pulido y calmoso, como siempre, leyendo las cartas que él solo tiene derecho á abrir. De cuando en cuando pone notas ó indicaciones, según requieren los asuntos á que se refieren, y luego las agrupa en paquetes para distribuir en los negociados correspondientes de la casa. Esta mañana el correo ha sido abundante, y Carker tiene mucha tarea.

En la manera general del trabajo en que este hombre se encontraba engolfado, mirando los papeles en la mano, haciendo montoncitos con ellos, tomando papeles de otro montón, frunciendo el ceño al verlos, mordiéndose los labios, escogiendo, parándose á pensar, había no poca semejanza con un hombre que estuviera jugando á los naipes. La misma cara de mister Carker contribuía á la ilusión. Era efectivamente la cara del hombre que va estudiando el juego, que quiere dominar sus diferentes lances, que tantea las probabilidades de triunfo, mediante el conocimiento del plan y de las cartas de su adversario, sin dar á conocer nunca las suyas.

Las cartas llegaban al escritorio escritas en dife-